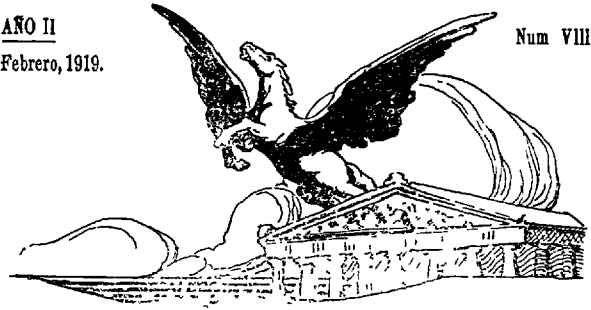
AÑO II
Febrero, 1919.

Num VIII



DIRECTORES: Pablo de Grecia — José María Delgado
REDACCION: Antón Martín Saavedra — Wilfredo Pi — Montiel Ballesteros
ADMINISTRACION: José López Deschamps

Diríjase la correspondencia: Piedras 365, Montevideo. | Suscripción mensual $ 0.50

CARTA INÉDITA

Damos a continuación una carta del Dr. Angel Floro Costa, escrita en carácter confidencial el año 1904, es decir en plena guerra civil, a nuestro distinguido colaborador Alberto Nin Frías.

Desaparecidos a juicio de este último, los motivos que la hicieron conservar inédita, la ha entregado a «Pegaso» para que éste, honrando sus páginas, hiciera conocer una colaboración más de aquel brioso Caballero de las Letras que, en su tiempo, fué uno de los más sólidos cerebros y de los más temibles polemistas del Río de la Plata.

Montevideo, 26 Agosto de 1904.

Mi apreciable amigo:

Acabo de terminar la interesante lectura de su libro «Nuevos Ensayos de Crítica»—en el que Vd. consagra un largo capítulo a mi obra la «Cuestión económica de las Repúblicas del Plata».

A la vez que me ha causado admiración la profusa erudición de que hace gala en esas páginas—tengo que felicitarle por la nitidez y sobriedad de su estilo de molde inglés—que deleita sin fatigas al lector.

Le agradezco el elevado concepto que le merece mi obra a la vez y los juicios encomiásticos que Vd. prodiga a su fondo y a su estilo. Es Vd. el primer joven que parece haber hecho de ella una lectura detenida—y haberle encontrado médula de observación y saber científico.

El defecto de *personalismo* que Vd. encuentra en ella, y que *dice ser peculiar a todas las obras del autor*—no es tal personalismo sino justificación de algunas de mis predicciones—legítima extorsión a los muchos ataques e intemperancias con que se ha recibido en nuestro país, por algunos hombres y escuelas, mi propaganda científica.

Era necesario cuando el tiempo que los hechos me han dado la razón—recriminar con el reproche a todos los que proponen la suerte de la patria a las míseras rivalidades lugareñas que dividen y dividirán por muchos años a los intelectuales de nuestro pequeño país.

Las restricciones que pesan sobre la libertad de la prensa y que como legislador debo respetar, me impiden contestar en extenso las censuras que Vd. me hace engarzadas entre sus generosos encomios.

También dejo para mejor ocasión, demostrarle, por qué declino el consejo que dá con todo el candor de un joven kuáquero—de que *debiera escribir una obra seria—algo que esté por encima de las pasiones políticas, un libro de filosofía histórica de la región platense o de sociología aplicada a la sociedad sud americana* (sic).

Siento que no encuentre Vd. bastante *serias*, mis obras, de clínica sociológica—en las que me concreto a estudiar y solucionar los problemas sociales de mas apremiante actualidad—en vez de perder mi tiempo y mi musa en filosofismos especulativos en medio de los vendabales que

corremos y que mantienen desmantelada nuestra nave—y revueltos y anarquizados todos sus tripulantes.

No tengo, mi jóven amigo, el poder de abstracción de aquel matemático Palamder, que nos pinta Julio Verne, entre magníficas novelas «Tres Rusos y Tres Ingleses» que fueron en comision internacional a medir juntos en Africa un arco del meridiano Austral.

Sólo un sabio de esa flema como Palamder, podía entretenerse a hacer cálculos matemáticos sobre un islote rodeado de cocodrilos, que acechaban el momento de devorar tan sustanciosa presa.

Un consejo semejante al suyo me lo propinaba hace diez años también nuestro común amigo el Dr. Antonio María Rodríguez—deplorando sin duda, con buena intención que mis escritos de índole práctica y polemista me hubieran mas de una vez cerrado el camino de las altas posiciones oficiales.

El aventajado compatriota quizás tuviera razón bajo el punto de vista del egoísmo práctico—que desgraciadamente como los gendarmes de la opereta—llego siempre tarde a los banquetes políticos mas o menos suntuarios que se realizan en nuestro país—pero no la tiene a mi entender bajo el punto de vista patriótico y trascendental—pues estoy cierto que algo han contribuido mis iniciativas y las soluciones científicas que he propuesto,—para resolver nuestros grandes problemas sociológicos,—aún cuando hasta ahora no sea sino uno de tantos *fracasados*,—en esa obra fecunda de la regeneración nacional.

Siempre me quedará el honor de haber sido el primero sino el único de los sociólogos políticos de mi país—que se han atrevido a luchar, con una persistencia de mas de cuarenta años, contra todos los hombres y las escuelas empíricas, metafísicas y doctrinarias—y el pesar de que la juventud me haya una veces desconocido, otros renegado y no pocas lapidado—que de no haber cosechado otra cosa en mi país que decepciones, proscripciones y martirios

—cosas sin duda que conocen los que se dedican a trabajos especulativos y abstractos, y que mas de una vez hacen lo contrario en la práctica, de la moral que predican en sus libros.

Yo al menos, cuando la juventud me lea, me estudie, me sumarie y me juzgue, tengo la seguridad, de que encontrará una armonía perfecta, entre lo que he predicado en mís libros y panfletos—y lo que he practicado en la vida social profesional y política.

Si no soy, ni he sido impecable por lo menos no he estado enrolado jamás con seduceos ni fariseos.

Tampoco he sido de los publicanos felices—ni siquiera de los cuestores arrogantes que inmolan todo al Becerro de oro.

Soy discutible y puedo confiar en el fallo de mis conciudadanos—lo que es algo siempre para los que han vivido en el santo temor de la opinión pública—que otros menosprecian o posponen al santo temor de Dios—o del Diablo.

El haber fracasado en mis proyectos ni es un delito ni un disfavor. A lo sumo es un estrabismo por haber equivocado épocas y hombres—y haber idealizado demasiado.

Las utopías de hoy, bien sabe Vd. mi joven amigo, son las realidades del mañana—y estoy cierto que cuando clareen las épocas—se me hará justicia—aún cuando no se me llame, como *hombre peligroso*, a realizarlos.

He llegado a convencerme mi joven amigo—que es tiempo ya, de que abandone la escena, como los artistas viejos—ántes de que ella los proscriba y el público los silbe.

He escollado en todo—pues ni he formado escuela, ni partido, ni siquiera encontrado un Pórtico como Platón, para dar mis lecciones, si es que algo he aprendido en mis viajes, o una alameda como el Stagirita, de cuya filosofía experimental soy entusiasta—como Vd. de lo Taine. Me ha salido mal hasta la *mayéutica* socrática, que alguna vez, de puro ocioso, ensayé en algunas Menipeas, que

deben haber llegado a sus oídos—ese es género, que aquí, como tantos otros, no agrada al paladar artiquista de las gentes—un tanto peludas y ariscas—Vd. algún día lo sabrá por experiencia. Cuando entre a vogar en el flujo y reflujo de la vida práctica, en la que no todo son homelías, ni bucólicas, ni himnos, como los que se escriben a su edad.

Dios lo preserve del diente y la lengua de los ofidios—que cuando menos le quitaran el gusto de las especulaciones abstractas—y de corregir a esta humanidad sudamericana con epístolas a lo San Pablo.

Conserve inéditos estos renglones que le envío en carácter confidencial en prueba de la buena amistad que le profeso y reconocido a sus buenos juicios.

Su af.º amigo y compatriota.

ANGEL FLORO COSTA.

LOS VIEJOS RELOJES

¡ Oh centenarios relojes de la ciudad legendaria !,
¡ cuanto ensueño despertais en mi alma visionaria !,
Sois, taciturnos relojes, en la ciudad adormida
ancianos que balbucean toda hora que es perdida. .
Vuestra plañidera voz, llena de senil pereza,
ora parece que gime, ora simula que reza.
Vuestra quejumbrosa lengua es la lengua de los siglos,
que habla de brujas, de trasgos, de fantasmas, de vestigios . .
¡ Oh vigías de las torres de los adustos conventos,
vuestras voces extremecen los caducos monumentos !
Sois cual insomnes poetas que al viejo Cronos velais
y a las horas que se pierden en la eternidad cantais.
Contemplais eternamente el cadáver de las horas
y por él doblan dolientes vuestras campanas sonoras.
Sois eternales cantores de los triunfos de la Muerte,
que a la Humanidad anuncian los instantes de su suerte.
Mas vuestras cansadas voces vuestro fin cercano dicen
y el final de vuestros días con su cansancio predicen.
¡ Durante cuantas centurias a cuantas generaciones
habeis contado las horas de sus muertas ilusiones !
El barrio de Santa Cruz escucha vuestro sonido,
en el recuerdo inefable de otras edades sumido.
Al oír vuestros acentos la Plaza de Doña Elvira
llora por Lope de Rueda y pr la Cueva suspira,
y remembra su Corral, al fulgor de las estrellas,
frecuentado por hidalgos y linajudas doncellas.
En el venerable hospicio del gran Justino de Neve
repercuten vuestros ecos con un misticismo leve.
En las musgosas murallas de la Huerta del Retiro
vuestras vibraciones riman del agua con el suspiro.

De Santa Cruz en la plaza vuestro sonido conjura
al espectro de Murillo en su ignota sepultura.
Y hacia la Plaza de Alfaro un embozado camina
y al pasar ante un retablo descubriéndose se inclina.
Detiénese ante una puerta que permanece cerrada
y asiéndose al aldabón da una sonora aldabada
que repercute en las sombras de solitaria calleja
y cual eco de un baladro extinguiéndose se aleja.
«¡ Quién va !» pregunta allá dentro una voz desconocida
y el embozado se esfuma, como el sueño de una vida.
En el vetusto convento que fundó Santa Teresa,
a la sombra de la Santa vuestro rumor embelesa.
En el callejón techado, ante el retablo sombrío,
hablan los viejos relojes de muertos en desafío.
Y al sonar de los relojes las dolientes campanadas
escucha mi fantasía el chocar de las espadas,
y oye los tristes lamentos de algún alma plañidera
y ve a una fermosa dama descender de una litera,
inclinarse sobre el cuerpo de un infanzón moribundo
e imprimir sobre su frente un beso de amor fecundo,
mientras allá por la puerta que llaman de la Cadena
dos embozados se alejan, lo mismo que almas en pena,
y en el Patio de Banderas, bajo la enramada verde,
la ronda de los corchetes en la penumbra se pierde.
Reloj de la Catedral, viejo caduco y austero,
que aún pregonas la pericia del fraile José Cordero;
viejo reloj de San Marcos, que al más viejo das enojos,
y a cuyo constructor dicen que le sacaron los ojos;
viejo reloj centenario de la silente Cartuja,
que a mi fantasía hablas del vestiglo y de la bruja;
alma de la tradición de las márgenes del río
que hasta el Atlántico lleva de su enigma el murmurio;
viejo reloj de San Lázaro, destemplado y misterioso,
que suenas a tristes dobles en el alma del leproso;
reloj de la Caridad, que el Cristianismo fundara,
y hablas de Valdés Leal y Don Miguel de Mañara;

relojes de la Sevilla de las tradiciones viejas,
que sonais a villancicos, a romances y a consejas;
sois los mismos que anunciasteis con vuestro ritmo ilusorio
los instantes de las citas al legendario Tenorio;
y tal vez al escucharos el romántico Zorrilla
concibió resucitar al Burlador de Sevilla;
y quizás en la Merced, del jardín cabe la yedra,
os escuchara el cantor del Convidado de Piedra.
Soñadores que en la noche los relojes escuchasteis,
¿ no es verdad que en otros tiempos al percibirlos pensásteis ?
Relojes, vuestras campanas son las voces de Sevilla,
las que pregonan al tiempo su agostada maravilla.

FERNANDO DE LOS RIOS.

Sevilla.

LA JUSTICIA INTERNACIONAL

Estamos en un recodo de la historia.

La guerra europea había asumido caracteres mundiales porque los conflictos en pugna interesaban a toda la humanidad. Se peleaba, en el fondo, por el triunfo o la derrota de un ideal: el de justicia.

Con el establecimiento de la Conferencia de la Paz se abre un período de intensa expectativa para la humanidad. ¿ Triunfará *ahora* ese ideal de justicia, en nombre del cual han entrado los Estados Unidos tan paladinamente a terciar en la contienda ?

Hay signos de augurios felices que nos llegan en estos días expectantes.

La apertura de la Conferencia de la Paz es uno de ellos. Su inauguración fué sobria y promisora. Una ráfaga de simpatía cordial agitó a los representantes congregados de tantas naciones diferentes. El corresponsal especial del «New York World» telegrafiaba lo siguiente: «Por primera vez en la historia se reune una Conferencia de la Paz a la cual no asisten ningún rey o príncipe. Esta ausencia señala el hecho de que, por primera vez en la historia, la paz será ajustada sin tenerse en cuenta los factores dinásticos que constituyeron en el pasado las semillas fecundas de la guerra.

La sesión duró una hora y veinte y cinco minutos y se señaló por su solemnidad, su espíritu de responsabilidad y de propósito.»

Anteriormente Wilson, Lloyd George, Orlando habían exteriorizado excelentes impresiones. Clemenceau había dicho: claro está que tenemos opiniones diferentes,

sino no estaríamos aquí para deliberar. Pero todos—y los pueblos respectivos detrás de cada uno de ellos—estaban dispuestos a escuchar la opinión de los otros, a discutir serenamente y a tratar de buscar la mejor solución posible para cada caso. La tendencia que se bosquejaba antes de la Conferencia, que preside luego su inauguración y que se precisa cada día mas es la de armonizar los intereses de todos—muy respetables y muy humanos—dentro de un marco superior de idealidad y de justicia.

Algunos telegramas llegados en estos días son particularmente sugestivos. Dice uno de ellos: «Inglaterra está dispuesta a dejar librada a la decisión de la Liga de las Naciones las cuestiones relacionadas con el porvenir de Mesopotamia, Palestina y las Colonias Alemanas. Esta decisión de una gran potencia que no aprovecha el accidente de su posición militar de valor es de enorme importancia; demuestra la rectitud de intenciones con que se procede y contribuye a rodear a la Conferencia de la Paz de una atmósfera de tolerancia y de benevolencia sumamente útiles para los resultados de equidad y de justicia.»

La decisión de la Conferencia de dirigir una advertencia solemne a los estados europeos «acerca de que la posisión ganada por los medios de fuerza, perjudica seriamente las reclamaciones de los que tales medios emplean» realza más, si cabe, su autoridad moral.

También la realza, y enormemente a mi juicio, la invitación hecha a los diferentes gobiernos o grupos organizados de Rusia para que envíen representantes «a conferenciar con otros de las potencias asociadas *de la manera más libre y más franca*, con el fin de fijar los deseos de todas las partes del pueblo ruso y llegar, si es posible, a algún acuerdo o arreglo por medio de los cuales *Rusia pueda llegar a trabajar por sus propios designios*, al mismo tiempo que se instituyan relaciones felices de cooperación

entre esos pueblos y los otros pueblos del mundo.» No es esto el reconocimiento de ningún gobierno de aquel país; pero es, en cambio, y en esto está la grandeza moral de la invitación, el deseo vivísimo de que *Rusia pueda llegar a trabajar por sus propios designios*, para lo cual las potencias asociadas invitan a todos a conferenciar de *la manera más libre y más franca*. No se inmiscuyen así estas potencias de viva fuerza y por las armas en los asuntos internos de otra nación, sino que tratan de ayudarla por una cooperación estudiosa de sus necesidades y deseos. No más medidas de fuerza sinó de estudio y de tolerancia, para tratar de llegar a soluciones más equitativas: he ahí lo que significa esta actitud de la Conferencia para con el pueblo ruso.

El 25 de Enero tuvo lugar la segunda sesión plenaria de la Conferencia, en la que se resolvió la creación de la Sociedad de las Naciones y en la que se manifestó el mismo espíritu de cordialidad y de amor a la justicia y el mismo propósito de seriedad y de trabajo.

Wilson dijo entonces lo siguiente: «Estamos reunidos bajo condiciones singulares de la opinión mundial. Puedo decir sin exagerar que no somos representantes de los gobiernos sino representantes de los pueblos. No bastará con satisfacer en todas partes a los círculos gubernamentales; es necesario que satisfagamos la opinión de la humanidad.

Es una solemne obligación de nuestra parte combinar arreglos permanentes para que pueda hacerse la justicia y mantenerse la paz. Ese es el fin primordial de nuestra reunión. Los arreglos pueden ser temporales; pero la acción de las naciones en interés de la paz y la justicia debe ser permanente.»

He aquí una honda preocupación acerca de los destinos posteriores del mundo. Lauzanne se expresa así en «Le Matin»: «He oido hablar a Wilson en numerosas ocasiones; pero nunca oí su voz tan bella, tan clara, tan

rica. Era el sueño de su vida y el sueño de la humanidad lo que anunciaba esa voz.»

Agreguemos aún la participación de las pequeñas naciones en las deliberaciones de la Conferencia y la satisfacción de los reclamos de sus representantes, dentro de un amplio espíritu de conciliación y de ecuanimidad.

Estos son los signos de augurios felices que nos llegan en estos días expectantes.

Es evidente que la humanidad ha luchado durante siglos por pequeñas cosas. Bueno es entonces empezar a elevar los puntos de mira. Buscar la conveniencia de todos y no la de algunos; exaltar el sentimiento de patria dentro de la humanidad y no contra ella; hacer predominar el derecho sobre la fuerza—que los pueblos pequeños tengan tanto derecho como los grandes pára vivir y que cesen todos los imperialismos; hallar las soluciones justas basadas sobre el bien de todos y no sobre el mal de algunos: he ahí el ideal. Estos ideales han sido proclamados por boca de Wilson: este es su mérito y comprendidos y deseados por toda la humanidad: esta es la importancia del momento histórico actual. Por esto hemos dicho que estamos en un recodo de la historia.

Estoy seguro que no saldrá de la Conferencia la solución equitativa de todas las cuestiones que está llamada a resolver; pero estoy seguro también que nunca, en la historia, se ha reunido un Congreso animado de mejores intenciones y de idealidades más superiores de justicia. Por eso confío en que su obra, dentro de las imperfecciones humanas, será de enorme trascendencia para el bien del mundo.

Las ideas tardan mucho tiempo para hacerse carne en el concepto general de la humanidad. Se necesitaron 18 siglos de incubación para que fueran concebidos los grandes principios de Libertad, Igualdad y Fraternidad, y hace más de 100 años que—proclamados por la Revolución Francesa—se van abriendo paso poco a poco—como idea

—en la mente, en la conciencia y en la legislación universal. Se necesitarán muchos más para que dejen de ser meros conceptos, como son aún, y lleguen a ser realidades—de verdad—en la vida diaria.

Ocurre lo propio ahora con la idea de Justicia y de Derecho. Entramos al dominio ideal en este recodo de la historia. Se empieza por hablar de estas entidades abstractas. Por sentirlas y hacerlas sentir. Luego se las hace mal. Después cada vez mejor. La conciencia pública se perfecciona poco a poco, y al perfeccionarse se va volviendo cada vez más exigente. Por algo se empieza. Figuraos: un tribunal de justicia entre los pueblos. Esto es una utopía. Esto no se ha visto nunca. Sin embargo, tanto se habla en todo el mundo que se concluye por aceptar la idea. Pero Wilson no es un iluminado, como se ha dicho al principio irónicamente. Wilson es uno de esos hombres-guías que aparecen de cuando en cuando en el camino de la humanidad, y él quiere realizar la idea de la justicia internacional. Esta es una idea nueva en las relaciones de los pueblos. Existía una justicia, dentro de cada Estado, para dirimir las relaciones de los hombres. El robo, el asesinato y otras gruesas acciones por el estilo eran castigados, si se los probaba legalmente. Había una sanción legal para estas cosas. No era mucho que digamos, pero era algo. Estamos lejos de la justicia ideal, pero es una justicia. Y bien, esto mismo es lo que se quiere hacer ahora entre los pueblos. Habrá un tribunal internacional de justicia que la distribuirá, como los jueces mismos entre los hombres, de una manera bastante estrecha, teniendo en cuenta normas legales más que morales, haciendo a veces algunas injusticias y apoyándose en la fuerza para hacer valer sus decisiones. Todo esto es imperfecto; pero es una realización. Hasta ahora no había justicia internacional. La habrá de aquí en adelante.

Esta es la adquisición fundamental que ha hecho la humanidad en este momento histórico. La idea de justicia se ha ensanchado: ha pasado de la conciencia individual a la conciencia universal. Más adelante se ensanchará aún más: dejará de ser una justicia legal para hacerse una verdadera justicia de órden moral. El día en que los hombres y los pueblos comprendan que el interés y el mejoramiento individuales están ligados al interés y al mejoramiento generales y que el de cada uno no está reñido con el del vecino, ese será el día del establecimiento definitivo de la justicia entre los hombres.

Entretanto, bienvenidos sean La Liga de las Naciones y el Tribunal Internacional de Justicia.

La Liga de las Naciones tratará de prevenir conflictos, de estudiar los problemas mundiales y de solucionarlos lo más equitativamente posible. Pero, para poder hacer esto, tiene que estar armada de medios y de autoridad. La autoridad se la dará su propia constitución. Los medios serán el Tribunal de Justicia y la Fuerza Armada internacionales.

Para prevenir conflictos no basta con el estudio más o menos imparcial de los problemas mundiales. Se necesitan, además, la buena fé y buena voluntad de todas las partes y el acatamiento a las disposiciones de la Liga.

No olvidemos que la buena fé y la buena voluntad son dos *raras avis* todavía. Que los hombres y los pueblos no han llegado, ni mucho menos, a la madurez de la idea de justicia. Que por mucho tiempo ha de haber culpables y que estos deben ser buscados, convictos y confesos. Que el castigo debe seguir a la comprobación de la culpabilidad. No por razones divinas sino simplemente humanas. Para moralizar. Para enseñanza. Para ejemplo.

El Tribunal Internacional de Justicia llenará entre los pueblos esta misión, la misma que realizan los tribunales ordinarios de justicia entre los hombres. Y debe empezar por realizarla ahora mismo. Como hay desalmados entre los hombres, así los hay también entre los pueblos. Alemania ha sido uno de estos pueblos desalmados. Su actuación durante la guerra ha sido juzgada ya por la conciencia universal. Si todo lo que se ha dicho de esa actuación fuera cierto, Alemania no puede dejar de ser castigada. El Tribunal Internacional de Justicia debe estudiar la actuación de este pueblo durante la guerra. También la de sus dirigentes. Y si resultan comprobadas todas las acusaciones formuladas, deben ser castigados. El castigo debe ser inexorable. Nada de perdón, que ello fuera debilidad y mengua para todos. Castigo, castigo para las culpas, en nombre de la humanidad y la justicia. Como escarmiento para que no haya deseos de reincidir; para prevenir conflictos semejantes de futuro.

En la hora actual, los que han luchado por el ideal de justicia, reunidos en la Conferencia de la Paz, deliberan alrededor de estas grandes cuestiones. A ellos les toca juzgar y castigar a los pueblos culpables. Están también en el perfecto derecho de dudar acerca del cambio de mentalidad y de las intenciones posteriores de estos pueblos. Harán muy bien en tenerlos como sospechosos y en vigilarlos atentamente, hasta prueba en contrario.

La Liga de las Naciones debe estar constituida al principio únicamente por los que han demostrado su ideal de derecho y de justicia. Y ellos son los únicos autorizados para hacer triunfar este ideal definitivamente.

Todos los pueblos honrados lo reconocerán así. La instauración de la justicia internacional debe comenzar por este primer acto de justicia.

ALBERTO BRIGNOLE.

TOILET SUPREMA

Bajo el encanto sombrío
De la tarde de tormenta,
Hay trazos de luz violenta
En la amatista del río.
Y siento la tentación,
De hundir mi cuerpo en la oscura,
Agua quieta que fulgura
Bajo el cielo de crespón.

Intensa coquetería
Del contraste con la onda
Que hará mi carne más blonda
Entre su gasa sombría.
Rara y divina toilet,
Que en la penumbra amatista,
Dará una gracia imprevista
A mi cuerpo rosa-té.

Ninguna tela más bella
En su pliegue ha de envolverme.
Nunca tornarás a verme
Con tal blancura de estrella.
Jamás caprichoso azar
Ha dado a ninguna amante,
Un lecho más fulgurante
Bajo el amado mirar.

¡ Deja que el río me vista
Con sus largos pliegues lilas,
Y guarda en tus dos pupilas,
Junto al fondo de amatista,
La visión loca y suprema
De mi cuerpo embellecido
Por el oscuro vestido
Y la sombría diadema.

JUANA DE IBARBOUROU.

LAS SACRIFICADAS

(Drama en tres actos)

Horacio Quiroga, que hasta ahora se había revelado como un raro poeta y, sobre todo, como uno de los mas originales y vigorosos cuentistas del continente, ha resuelto abordar también la literatura dramática.

« Las sacrificadas », que pronto podrán aplaudir los públicos de Montevideo y Buenos Aires, es el título de su primer obra de este género.

Los lectores de « Pegaso » no dudamos que sabrán agradecer la primicia que les ofrecemos al adelantarles estas escenas en donde puede decirse queda planteado el drama.

Son páginas de un realismo intenso y de sobria contextura en las que el célebre compatriota da una nueva prueba de su brillante talento.

ACTO 1º.

ESCENA VIII

(Padre se detiene en la puerta, mira a todos lados, se confirma en sus sospechas; su hijo aparece inmóvil en primer término).

PADRE — *(con mordiente serenidad).* Ah, eres tú ! Ya me había parecido que en todo esto no había sino una chiquilinada más de tu parte. Quieres que entre ? Supongo que es lo que deseas.

NÉBEL — *(con sorna).* Si. . quisiera que habláramos un momento.

PADRE — Ya lo veo. . (*avanza; deja lentes, bastón y sombrero*). Para esto me tienes aquí, con el primer pretexto que se te ocurre. . (*avanza más; pausa*). Cuando yo tenía 20 años, y era ya menos mocoso que tú, se me ocurrían estas trampas. . Veo que has progresado.

NÉBEL — (*de costado*) Y si las hacías antes, no sé porqué te indigna que las haga yo ahora. .

PADRE — (*duro*) ¡Porque yo no pretendía casarme con esas *señoritas*, en cuya casa estaba metido todo el día!

NÉBEL — (*conteniéndose*) Bueno, papá!. . Dejemos esto!

PADRE — No deseo otra cosa! ¿querías hablarme, hacerme venir contra mi voluntad a esta casa?. . Bueno, ya estoy aquí. Hablemos. Que quieres decirme?

(*larga pausa*)

PADRE — Ah! . No es tan fácil! y te parece mucho más cómodo engañar como un perro a tu padre. .

NÉBEL — Yo no te he engañado. . como crees tú! Es otra cosa.

PADRE — ¡Como a un perro, te digo, metiéndome en esta emboscada! No hay consulta, ni doctor Arrizabalaga que valga. Lo único que hay es una estúpida chiquilinada de mi hijo para hacerme aflojar.

NÉBEL — Papá!

PADRE — Bah! Estás muy sensible hoy. . De ahí adentro te ha de venir esta sensibilidad!

NÉBEL — (*duro*) De cualquier parte. . menos de tí, seguramente!

PADRE — Bien dicho! De mí no, infeliz, porque por suerte para tí, tengo otra cosa en el corazón, en vez de mocos. (*pausa*). El hombrecito!. . (*pausa*). Oyeme una cosa, nada más que una . . Si se te pone el corazón de gallina y te parezco muy duro, porque no te dejo hacer una imbecilidad, dime ¿porqué no me dijiste desde el principio, como a un buen padre, lo que andabas tramando? ¿Cuántas veces se te ocurrió decirme — ¡y ya va

largo desde Diciembre! — que te gustaba tal o cual muchacha? . . ¿Tuviste un sólo momento la confianza en tu padre de contarle que visitabas esta o aquella casa — ¡ésto, ésto mismo! — y que almorzabas y dormías todo el día aquí? (*ante un gesto violento de su hijo*). ¡Bueno, dejemos lo de dormir! . y ojalá lo hubieras hecho muchas veces, así no salías con esto, ahora¡ Bueno, respóndeme! Hiciste algo de esto?

NÉBEL — (*sordo*) No. .

PADRE — Ah, no! y te pones tan fresco; y después, un buen día te me presentas muy campante, y me dices que te quieres casar—lo que se me importa bien poco! pero que te quieres casar *aquí*, en *esta casa*; (*ante un gesto violento de Nébel*) ¡Cállate! . (*pausa*) y no solamente esto, sino que quieres que yo asista a tu matrimonio, (*levantándose, ardiente*) ¡El famoso matrimonio de mi hijo con. .

NÉBEL — (*duro*) ¡Cállate tú! . No te permito una palabra!

PADRE — (*duro*) Qué? . que no me permites? (*pausa; más tranquilo*) Para las insolencias siempre estás pronto. Ahí se te encuentra en seguida, (*pausa*) y *esto*, y tu. . novia, y toda su honorable familia, es todo lo que me ofreces, a tus años.. Cortar tu carrera como un estúpido, y tomar de suegra a una mujerzuela!

NÉBEL — (*temiendo oigan de adentro*) Más despacio!

PADRE — Bueno, más despacio. . Si todos tus gustos fueran así, se te podría contentar fácilmente. . (*pausa larga*) ¡Contento estoy de tí! Muy contento!. . Es una linda satisfacción que le das a mi vejez!

NÉBEL — (*de costado*) Lo que te falta es que me cobres en casa la plata que has gastado por mí!

PADRE — No seas animal! Cállate la boca! Eso se le puede ocurrir a esta gente, pero a mí... Aquí has aprendido esto! (*pausa*) Echarte en cara! . Me libro muy bien de ello! Además sabes bien que lo que gastas es tuyo, por-

que era de tu madre. No vengas, pues, haciendo pucheros ¡No! Lo que te echo en cara, o más bien, lo que me echo yo a mí mismo, es no haber visto a tiempo lo que iba a pasar. Te quería dejar libre . . tenía la esperanza de que eras un hombre . ¡Lindo hombre! No está mal para tu edad toda esta podredumbre.

NÉBEL — (*violento*) Si lo dices! .

PADRE — Te repito que no tengo nada contra ella! . No me refiero a esa criatura. . Quiero creer que no está contaminada todavía. . (*pausa*) Y dime porque lo de *podredumbre* te ha hecho dar brincos. . Respóndeme tranquilo, sin la trompa torcida: Tú sabes qué clase de relaciones tiene tu futura suegra con Arrizabalaga?

NÉBEL — Despacio! .

PADRE — Bueno. . Tú sabes?

NÉBEL — Si. ,

PADRE — Ah! . Sabes que es o ha sido su querida? y te quedas tan fresco!

NÉBEL — Y que tengo yo que ver con la madre?

PADRE — Tú? Nada. Nada más que te metes en un lodazal, y yo por mi parte no quiero meter la pata, entiendes? Ni quiero que mi hijo la meta! ¡A buscar lirios!

NÉBEL — Cállate!

PADRE — (*pausa*) Mamarracho! . Si te parece mucho esto, anda, pregunta, infórmate de quien quieras, qué clase de vida lleva tu futura suegra en Buenos Aires! (*ante un gesto violento de su hijo*) ¡Quédate quieto! . (*pausa*) No sé si ella será o no. . Pero eso nada le lleva a tu futura familia, y solo tú lo ignoras! ¿Crees que los trapos de esa señora se compran gratis, imbécil? ¿quién costea la casa y ese rumbo en Buenos Aires? No Arrizabalaga! Te lo puedo jurar, la conozco bien! Y te parece muy puro y muy limpio todo esto!

(*Nébel se levanta bruscamente y se pasea; su padre lo sigue con los ojos*).

PADRE — Ahora te han venido ganas de caminar? . ¡Es cierto lo que te digo?

NÉBEL — Es cierto.

(*pausa*)

PADRÉ — Ah, lo sabías ya! .

NÉBEL — Sí, lo sabía.

(*pausa; el padre va a su hijo; le pone la mano en el hombro*).

PADRE — Déjala.

NÉBEL — Nó.

PADRE — Yo tengo 60 años, y tú. . ¡Déjala!

NÉBEL — No!

(*pausa; concluye empujándolo del hombro*)

PADRE — Anda al diablo . . mamarracho! Lo único que realmente tienes, que es carácter, lo empleas en esta estupidez. .

(*pausa; Nébel reconciliante a su padre; le hace sentar*).

NÉBEL — Óyeme, papá. . ahora me toca a mí. Dejemos esto. . Haces mal en presionarme así . . ! Sí, presionarme, aunque no te des cuenta. Bueno, dejemos. . No te enojes de nuevo. . Estoy a una legua de faltarte al respeto, ya sabes cuanto te quiero, papá. . Oyeme, consiente. No, déjame, óyeme! . Si tú estás seguro de que ella no está contaminada, como dices, ¿porqué no quieres acceder a ver el matrimonio de tu hijo? ¿Qué te cuesta?. . Qué pierdes con darme ese gusto?

PADRE — Qué pierdo yó? . Nada, te aseguro!

NÉBEL — Y entonces?. . ¡Vamos, papá! Ponte un momento en el caso de ellos.

PADRE — Pero si está todo podrido aquí, me entiendes?

NÉBEL — Bueno. No lo niego. . te lo concedo todo . todo lo que quieras. Pero no se trata de *ella*, papá! Se trata de tu hijo y de la que va a ser su mujer. Yo y mi mujer seremos una sola familia, nada más. Y nadie más!

De esto puedes estar bien seguro! Yo también he visto. . Papá! Consiente!

PADRE — (*levantándose*) No, no y no ¡Vete al diablo! Si tú no tienes dignidad, el viejo Nébel la tiene por los dos! No quiero mancharme los pies, entiendes? caminando sobre la misma alfombra que esa entretenida!

NÉBEL — Pero por eso mismo! Por ser un hombre de carácter, no te vas a envilecer con ver el matrimonio de tu hijo, qué diablo! Oyeme: Si fueras un hombre débil, muy bien que te sintieras ofendido. Bueno, envilecido, enfangado, lo que quieras! — asistiendo al matrimonio de tu hijo. . Pero a tí, con tu modo de ser, con la personalidad que tienes, ¿qué te puede hacer esto? . ¿En qué te manchas, si estás por encima de eso? . ¡No! Déjame! ¿Para qué hacer este distingo entre consentir en mi matrimonio y no querer asistir a él?

PADRE — Por qué? Porque te conozco demasiado para no comprender que lo llevarás todo por delante, y a mí el primero de todos, para salirte con la tuya! Pero esto es una cosa, y otra venir a ponerle trampa de almibar a esa cocota morfinómana! Eh, déjame en paz!

NÉBEL — Pero si no se trata de poner ninguna trampa de almibar! Estás dos minutos, y te vas. ¡Papá!: sé bueno, al fin y al cabo soy tu hijo, qué demonio! Me conoces lo bastante para saber que soy sincero. . Tú mismo, que te has informado de todo, (*ante un gesto de él*) Bueno! que lo has sabido. . es lo mismo. . tú mismo no me has dicho una palabra de Lidia. Si yo no estuviera seguro de lo que ella vale, te hubiera dicho también es esto o lo otro. . pero la quiero, y se acabó! (*conciliante*) y ya ves. No sabes lo que vale ¡papá! Es una criatura completa!

PADRE. — (*levantándose de nuevo*) y esa cocota será . . (*gesto de asco*) Puah! . No, no y no! Hasta que quieras!

NÉBEL — Papá! Oyeme por última vez! .

PADRE — (*violento*) No! Rómpete el alma contra esta podredumbre! Cásate con diez mil crías de Arrizabalaga... Pero no me pidas que me manche las patas; — las patas, si! Esta vez te digo las patas! — en la misma alfombra que esa entretenida viciosa! Basta ya! Dame el sombrero.

(*Nébel se lo da en silencio; Nébel de espaldas, con dificultad*).

NÉBEL — No quieres verla?... un momento, nada más? Es lo único que te pido. No te volveré a pedir más nada, te lo juro...

PADRE — No, gracias. Quédate tú.

(*El padre va hacia la puerta, se detiene*).

PADRE — Te quedas?

NÉBEL — Sí.

(*pausa larga*)

PADRE — No deseo verte hoy...

NÉBEL — Ni me verás mañana tampoco.

(*sale el padre*)

ESCENA IX.

NEBEL Y MADRE

(*Nébel queda un instante inmóvil; se arranca al fin, y toca el timbre. Al sentir pasos, creyendo que es la sirvienta, sin volverse*).

NÉBEL — Josefa, dígale a la niña Lidia...

(*madre, entrando*)

MADRE — Soy yo, Nébel... ya viene Lidia... Siéntese... Me alegro de que haya vuelto ya... ¿Tampoco me siento ahora?... Es igual... así concluimos más pronto...

(*pausa*)

MADRE — Y ? . . Habló con su papá ?

(*pausas difíciles, de tormenta*)

NÉBEL — Sí. . . hablé.

MADRE — Ah, menos mal ! . . y qué le dijo ?

NÉBEL — Qué está enfermo . . le cuesta salir de noche. . .

MADRE — Ah ! .

(*tensión creciente de nervios*)

MADRE — Es decir. . que su señor padre no quiere mancharse, viniendo a esta casa ?

NÉBEL . . .

MADRE — Y eso es todo lo que ha dicho, ensuciándome las alfombras un cuarto de hora ?

NÉBEL — . . . .

MADRE — Y Vd. cree que no lo iba a saber ? Y qué ? Qué ha dicho ? Se puede saber ?

NÉBEL — (*irritado por la carga que se repite*) Nada !

MADRE — Qué ? . Nada ?. . ¡ Es que es una ofensa gratuita que nos hace ese señor ! Qué se ha figurado ? Quién es él para darse ese tono ? Tiene la insolencia de pisar aquí y me sale con esto !

NÉBEL — El no tiene la culpa. . yo le hice venir.

MADRE — ¡ Y a mí qué me importa ! . Suya o de él, él ha estado acá ! No necesito haber escuchado para saber lo que ha dicho, no ! Uf, me parece oirle ! . ¡ Hipócrita, todos ensañándose con una pobre criatura que vale un millón de veces más que todos ellos juntos . . No quiere asistir ! Se mancha su respetable papá, dando este paso ! ¡ Y aquí en mi casa, viene a desahogar sus hipocresías !

NÉBEL — (*cada vez más violento, aunque contenido*) No tiene razón ! Vuelvo a repetírselo ! Él. .

MADRE — El ?. . por qué ? . Quién es él ? . (*con duro sarcasmo*) ¡ El más autorizado para esto !

(*Nébel se vuelve, herido*)

MADRE — Ah, le duele ! Vd. también salta si le tocan ahí ! Y le parece muy bien que me estén destrozando Vd. y todos Vds. porque soy una mujer ! Pero a él, no ! A él no se le puede tocar !

NÉBEL — Porque no dice la verdad !

MADRE — Y él, si ! Papá, papaito ! . Déjeme en paz ...con su papá y todos los jesuitas de este pueblo ! Su papá!... yo también sé lo que pasa ! ¿ Quiere que le diga yo también... quiere ?

(*nuevo gesto de Nébel; ella lo considera con rabia:*)

MADRE — No sea criatura ! . Porque lo era, lo queríamos . . (*pausa*) Papá ! . Bonita fortuna, sí ! Muy linda posición !. . Para los que no se quedaron en la calle por él !

NÉBEL — No sabe lo que está diciendo !

MADRE — Que no sé ? . Que no sé de dónde ha sacado su fortuna: robando a sus clientes y a sus peones ? .

(*Nebel hace ademán de irse*)

MADRE — Oh, esto le duele también ! y esto es la culpa nuestra, de habernos metido con una criatura como Vd.! Su papá ! Pregúntele a su papá, vaya ! Pregúnteselo a cualquiera ! y con esos aires ! Uf, el señor Nébel ! El doctor Nébel! Su familia irreprochable, sin mancha ninguna! Se llena la boca con esto ! Sí, su familia, la suya ! . Eso le digo ! Me viene !... Vaya, dígale a su papá que le diga, corra ! que le diga cuantos cercos tenía que saltar, todas las noches, para ir a dormir con su mujer, antes de casarse !

(*Nébel se retira*)

MADRE — Oh, Vd no lo sabía ! Pero lo sé yo, lo sabe todo el mundo ! Y me vienen con esos aires ! . Sí, váyase, haga lo que quiera ! Estoy hasta aquí de todos Vds. !

(*conjuntamente con la retirada de Nébel, la madre va adentro y continúa hablando. Al ver que se refiere a Lidia, Nébel, ya en la puerta, se detiene*)

MADRE — Hipócritas... todos! . Oh, tú también! Ahí está tu Nébel, andan a verlo, porque es la última vez!

(aparece corriendo Lidia; él la estrecha)

I ESCENA X

Nébel y Lidia — (la madre continúa hablando adentro)

NÉBEL — *(contra la puerta)* Mi amor! mi vida querida!

LIDIA — *(sollozando)* ¡Octavio, la que nos espera!

NÉBEL — No mi alma... no te pierdo! Eres y serás siempre mi mujercita adorada!

MADRE — Encontró J. Josefa? Bien; mañana nos vamos . . ¡No le importa nada! muévase!

LIDIA — Octavio! Estamos perdidos! .

NÉBEL — No, mi alma querida! No lo conseguirán, te lo juro!

LIDIA — Dios mío! .

MADRE — Sí, y los baúles también. . y dígale a la niña Lidia que venga, en seguida!

(desesperados abrazos de los muchachos)

NÉBEL — Adios, mi alma adorada! Quiéreme mucho, nada más! Querámonos mucho, Lidia mía, y venceremos!

LIDIA — Si, si! .

NÉBEL — Me querrás siempre, siempre?

LIDIA — Siempre, siempre!

NÉBEL — Adios. .

(se arranca Nébel y sale. Lidia queda recostada contra el marco. Adentro, más lejos, la voz de la madre):

MADRE — Traiga todo, I le he dicho! Lo que es Concordia, se acabó para siempre!

(Lidia rompe en sollozos contra el marco).

TELON.

HORACIO QUIROGA

EL PUENTE

Llego, tímida, hasta el puente,
i sin pasarlo, medrosa,
junto al agua rumorosa
me detengo de repente.

Salta el agua trasparente
i hasta mi espíritu roza,
i yo soi como una cosa
que naufraga en la corriente.

Voluptuosidad, tristeza,
anhelo infinito i mudo
de vivir soñando i ser

luz, entusiasmo, belleza...
i al fin, solamente un nudo
que se siente deshacer!

AIDA MORENO LAGOS.

Talca—Chile.

EL CORAZÓN DE MARÍA

Nuestro compañero Vicente A. Salaverri, cuyo « Florilegio de prosistas uruguayos » está comentando la prensa de España y América, publica en estos días una novela (que se desarrolla en la campaña uruguaya), llamada a sorprender a los lectores por su asunto y el original modo de presentarlo. Publicamos unos breves fragmentos de este libro, que imprime la « Cooperativa Buenos Aires. »

. . . . . .

No obstante esperar este desenlace, estaba tan turbado el mozo, que a nada se resolvía.

La muerte de don Mariano debió ser fulminante. Apenas un estremecimiento. Los ojos que se dilatan, para quedar con las córneas sin brillo; la boca que se frunce en un gesto agónico, y se entreabre, y se tuerce. .

Un poco de espuma cae sobre la almohada; un hilillo de sangre colorea la saliva. .

¡ El reposo supremo !

Un alma que se fué.

La arrogante cabeza leonina es ahora un miserable despojo. La nariz aguileña sobresale más sobre el bigote lacio y la barba erizada. Hay algo así como el recuerdo de una angustia horrible en aquellas pupilas que no ven, en aquellos labios contraídos. .

Flores llora en silencio.

Y los dos únicos testigos de la emocionante escena se arrancan las lágrimas, torturan su corazón fingiéndose animosos:

—¡ Qué se le va a hacere !

—¡ Cunformidá !

Indiferente a la pesadumbre de los hombres, el sol derrama su catarata de oro, que es cabrilleo argentino en los bañados y alquimia sobre los pastos, húmedos de rocío.

Al fin la atmósfera es tibia. ¡ Primavera !. .

Un manzano mete su rama florida por la ventana que hubo de abrir Juan Francisco. Penetra nupcial el perfume de los naranjos. A lo lejos se oye como un concierto exótico de trombones y contrabajos: el mugir de las vacas hurañas, que desde el día de la yerra vagan por los potreros en busca de sus hijos.

—¡ Cómo darle la noticia !—se tortura Juan Francisco, sin apartar el pensamiento de María.

Permanece dubitativo, perplejo. De pronto háse abierto la puerta. Es la hija que se precipita sobre el cadáver:

—¡ Mi padre !. . ¡ Mi padre !

Hácese preciso arrancarla, interrumpir aquél prolongado abrazo, tan estrecho, que da espanto.

—¡ Juan Francisco ! ..—plañe—¡ Sólo Dios sabe lo que hemos perdido !

No quiere que nadie la consuele. Desea llorar, llorar mucho. Que los ojos sean fuentes que no se agoten mientras no salga de su pecho toda aquella amargura que lo inunda como a su alveo un río.

—¡ Era tan bueno !. . ¡ Tan bueno !. .

Semeja Ofelia, enloquecida. Suelta su cauda fragante, blandas las palabras, sensitivas las manos, con los dedos largos como punzones de marfil. .

Dos horas permaneció inmóvil, inconsolable. Luego, con entereza que llenó de asombro a Juan Francisco, se dispuso a amortajar el cadáver, Jesusa le ayudaba en aquella tarea piadosa. Quisieron avisarle a Gregoria, pero la vieja no aparecía en las casas.

Uno a uno, fueron desfilando por la capilla ardiente los peones. Traíanle al patrón las flores rústicas que hallaron.

El « Indio » parecía desconfiar de tan grande desgracia.

—¡El comendante, mi patrón viejo, no se puede morir ansina!

. . . . . .

Pasó la hora habitual sin que el doctor Flores se acostara.

Antes de quedarse a obscuras revisó sus armas.

De rato en rato poníase a mirar por la ventana. En los galpones fronteros, las ramas de los árboles golpeaban como manos.

A la vívida luz de un relámpago, pudo ver recortarse la silueta del «Indio». Estaba explorando bajo la lluvia Luego desapareció.

Flores, convencido de que sus enemigos elegirían tan apropiada noche para el asalto, no se quería dormir.

De tiempo en tiempo oíase el ladrido de un perro; el mugir de un toro; el clas-clas de la lechuza...

Y Flores daba un salto.

El viento arreció. Los árboles parecían quejarse de aquella zarpa cruel. Un olor a electricidad y raíces, dominaba. En las concavidades del valle, los truenos resonaron pavorosos. La luz cárdena de los relámpagos daba relieve en la noche a los galpones, a los árboles, a los postes del alambrado, algunos de los cuales semejaban hombres en acecho.

Los cachorros tenían un ladrido doliente refugiados en el horno.

Pasó una hora. Otra. . ¡Y otra!. . La tempestad se fué alejando. Al fin una mansa lluvia caía sobre los campos. .

Flores sintó pesar, viendo que el momento temido no llegaba:

—¡Qué vengan cuánto antes! ¡Si ha de ser mañana!

Entornó los postigos tirándose vestido sobre el lecho. Debió dormir muy poco. El canto de un gallo hubo de despertarlo. Tenía seca la garganta y un malestar agudo en el estómago.

Incorporado ya, le pareció sentir algo así como el chirrido de la llave en el portón. Fué a mirar por el ojo de la cerradura. El portón quedaba frente a su puerta. Gregoria lo estaba abriendo.

—¡Tan temprano!—extrañóse el veterinario.

No tuvo que hacer hipótesis: inmediatamente surgió un hombre con las ropas del revés. Era Mauricio. Cuchichearon los cómplices. La parda señalaba su puerta. Estuvo por precipitarse fuera, pero logró contenerse. Mauricio tenía la cara ennegrecida adrede.

De pronto hubo un episodio vertiginoso, por el estilo de esos que presenta el cinematógrafo. Con un salto de tigre, el «Indio» entró en el patio y antes de que Mauricio se apercibiera para la defensa, le atravesó el pecho con su largo puñal.

Ña Gregoria dió un grito, en tanto él, Flores, sacaba los pasadores a la puerta. Pero con gran sorpresa, al salir del cuarto, no vió más que al caído que se retorcía mientras de su garganta escapaba un rugido agónico.

Fuera sonaron tiros. Juan Francisco corrió hacia el sitio de la refriega. A la luz agria del amanecer vió dos hombres que corrían. A otro teníanlo acorralado junto a la caballeriza entre don Pedro y el «Indio». El quintero le apuntaba con el rifle inservible:

—¡Pon arriba los brazus, moñu, u te afusilu!

Y el «Picao», con su cara de infeliñz, reclamaba clemencia de aquel mortal, con hispidos bigotes de foca:

—¡Don Lucas me engañó!

—¿Dónde está don Lucas?—fué la pregunta ávida de Flores al enfrentarse con aquel bandido que se rendía.

—Es aquel que juye en el caballo tordillo.

. . . . . .

VICENTE A. SALAVERRI.

Sauce los Corrales 1918.

LABIOS ROJOS

Rima de dos medias lunas;
fresa entre campos nevados:
las dos guirnaldas morunas
de sus dientes afilados.

Aguas de rojas lagunas
entre jardines plateados,
do sueñan las noches brunas
de sus lunares morados.

Oh, las riberas bravías
de sus labios saturnales!. .
donde en locas tropelías

celebran sus lupercales
rubios faunos inmortales
de velludas dinastías.

TRISTAN DANIEL.

LEJOS...

Es en un viaje hasta un pueblo perdido en la pampa. El correr sin descanso y presuroso del tren por las llanuras que la noche presenta insondables, produce en mi espíritu cierta desconocida impresión de inmensidad. Desconocida impresión, porque a la claridad meridiana la pupila domina lo dilatado de las praderas hasta que la tierra es una vaga confusión con el cielo en horizonte, pero acostumbra siempre a descubrir en la sábana más remota un árbol que rompe la monotonía o un rancho que dice de vidas trabajadoras. Y en la noche, no.

Lejos—aún lo que está cerca se imagina muy distante en la densa obscuridad— he visto en viajes análogos parpadear las luciérnagas en la vecindad de alguna luz familiar o volando inquietas: mariposas que llevan su llama sobre la flor de los plantíos de lino; y ni ese pretendido remedo astral tiene la pampa. Luce, sí, con las intermitencias que le permite el nublado, solitaria en la sombra negrusca del cielo, una estrella nítida y enorme Parece que ha concentrado en sí el fulgor de todas las estrellas que no se ven brillar. Y con la cauda chisporroteante de la máquina, la ilusión ensaya un vuelo a lo alto y tocada de fantasía emprende un viaje lejano, distante, y se pierde en lo misterioso, buscando la estrella de pulido bronce que trás de las nubes se oculta y reaparece como una inconstante esperanza de amores...

En el saucedal cercano de la casa llora su melancolía una paloma tempranera, evocando escenas y cariños de

infancia prematuramente olvidados. El saucedal a cuyos piés serpentea el consabido arroyo, desmaya sus ramas con el descuido de una melena bohemia y ofrece una sombra de grata frescura. Al arrullo de la paloma campesina que lleva en sus vaivenes el viento perezoso de amanecer de verano, surge el recuerdo del pueblo de origen, pueblo dormido en las arenas de un valle del Ande. Caserío primitivo que tiene un dejo de conquista; hombres taciturnos que saben historias aborígenes y en cuyos ojos se amortigua la pesadumbre de los ritos del sol, del arroyo de los caciques guerreros, de la carne robusta de las hembras desaparecidas; trinar caprichoso de las calandrias con notas de cristal que van buscando un reflejo en el rosicler nativo de los desfiladeros serranos...

Todo, lejos, muy lejos. De suerte que por ello o por invencible deseo, se asocia en la evocación cierto querer nostálgico y ya viejo en mi juventud...

Al caer de la tarde fluye en los campos un relente halagüeño. Pero va ganando la vida una extraña tristeza de muerte. Es la hora en que antaño, a dar fé a la leyenda, cruzaría por la carretera, paso a paso en el pingo de sus hazañas, un gaucho payador más valiente que romántico y más romántico que aventurero. Terciada la guitarra a media espalda, yo ansío verlo aparecer de pronto como un remiso chingolo de los pocos que van dejando en el abrojal los inmigrantes gorriones. Vana esperanza, porque su vida, según reza la leyenda, se ha perdido entre la indiferencia regional y la evolución procelosa de las colonias agrícolas. Por su recuerdo remoto, la luz del día sonriente intenta un poema campesino mientras, indecisa, busca una prolongación en la llamarada azul de los cardales floridos. Por su desvanecido romance de troveros criollos . .

Al regreso, lo que fué en la noche densa tiniebla se ha tornado interminable cultivo. A tal punto, que no se sabe, en el aburrimiento del tren, si volver los ojos sobre la revista ya leída o dejar que con ellos vague el pensamiento sobre las ondas de oro del trigal en espigas. Aureo trigal inmenso de futuro pan moreno que suscita en la intimidad la aniñada quimera de posibles cosechas propias; de cosechas sin duda muy distantes, muy difíciles...

En el mismo sentido que el que esto escribe, se vuelve hacia el campo una muchacha viajera. Es alta, de ojos claros, muy blanca. Alguien ha dicho que es novia.

Ella, con marcada despreocupación de sus compañeros de viaje, abandona el mirar en la lejanía, siguiendo el raudo vuelo de las cigüeñas, en tanto las tristes pupilas claras delatan que si hay una novia cercana hay también un corazón ausente. Y ante el secreto sorprendido, subsiste la quimera y la esperanza dice: hay un clarín broncíneo que toca atención y surca los aires con agudos vibrantes, metálicos, de recia armonía, de juvenil belleza; ese clarín es el querer nostálgico de tu mocedad.

Solo que los dos están lejos... muy lejos...

ADOLFO LANÚS.

Buenos Aires, 1919.

GLOSAS DEL MES

El Integralismo. — Revista quincenal. Organo de la Universidad Popular Integralista. — La Plata.

En esta interesante Revista se habla de Integralismo, entendiendo por tal «un método de acción exclusivamente interior y afirmativa, que se propone actuar únicamente sobre la educación moral e intelectual del hombre, en forma constructiva, o sea sin combatir en él ninguna creencia, ni sentimiento, ni idea, sino creando otros nuevos y ensanchando y haciendo más conscientes los que ya posea».

«El integralismo prescinde en absoluto de la división de clases; para él no existen más que seres humanos; pretende despertar por todos los medios el amor a los hombres, la confianza en sí mismo, el optimismo y la fé en la evolución y en el poder moral. Contra las divisiones del presente, que los ideales externos acentúan, propende a la cooperación en el mejoramiento y a despertar la solidaridad moral».

Al analizar las causas generadoras de las violencias sociales a que estamos asistiendo, sostiene que «el intenso desarrollo de la cultura y el progreso externo, no compensados en forma alguna por los ideales interiores y el progreso moral, han determinado en la evolución humana un grave desequilibrio que arroja al hombre a la lucha por el predominio externo, suscitando violentas competencias y antagonismos irreconciliables, en lugar de despertar la solidaridad humana, la cooperación en el esfuerzo y el progreso evolutivo. De aquí ha nacido el imperialismo nacionalista y la fé absoluta en la fuerza y en su hijuela obligada: la violencia.

Nadie tiene fé en la ley, en el principio, en la regla colectiva y el precepto moral. Y así se parecen tanto los anarquistas a los autoritarios más dogmáticos; pues como dice Ricardo Mella: «Teóricamente son muy amarquistas; prácticamente, déspotas. Levantan altares a la Razón e imponen la propia a garrotazos». Otra de las causas que favorecen y provocan los estallidos de violencia es el egoísmo individual y colectivo que hace que nadie se preocupe de la suerte de los otros si no es para envidiarlos o despreciarlos. Los intelectuales, en general, desdeñan el ocuparse de los problemas más vitales y desprecian al pueblo en lugar de educarlo, manteniéndose aislados de la vida pública».

Siendo estas las causas principales del malestar humano, los remedios que el Integralismo propone como más eficaces serían, en síntesis, los siguientes:

«1.º Acción reformativa que debe ser propiciada por el pueblo, la prensa y los intelectuales, y que deben realizar los gobiernos; legislación obrera, protección al trabajo, tribunales de arbitraje, legislación agraria, reforma impositiva, impuesto único, etc., que puede llegar hasta la municipalización de los servicios más importantes.

2.º Desarrollo intensivo de la cultura pública con un contenido moral; dar a la enseñanza un carácter educativo en lugar del meramento instructivo que ahora tiene; instauración de bibliotecas públicas; creación de centros culturales destinados a cursos y conferencias; y

3.º Amplia libertad y tolerancia para la expresión de las ideas, pero reprensión consciente y sistemática, o mejor aún prevención, de todo acto de fuerza o tendencia violenta y agresiva.»

Estamos de acuerdo, en tesis general, con el análisis de las causas de la pertubación social actual; pero opinamos más radicalmente que, en el fondo—hay un grave y trascendental problema de educación moral individual y colectiva y que es la escuela primaria la única llamada a resolver este problema de una manera realmente eficaz, cuando se llegue a comprender la importancia de la educación integral y cuando las autoridades dirigentes—en todo el mundo—sepan orientarla en este sentido.

A este fin deben tender los esfuerzos de los intelectuales. En lugar de diseminar esfuerzos y de buscar remedios por muchas partes diferentes, atacar en el punto que se considera fundamental.

Víctor M. Delfino dice en la misma Revista que «en la agitada época en que nos ha tocado vivir, no basta ya con tener ideales superiores: es necesaria la *acción*. El Integralismo proclama ampliamente ese principio, que formula así: un máximun de *acción* para un mínimun de *teoría*.»

Ahora bien, parécenos que el Integralismo peca precisamente de teórico. Difícil es hacer educación cultural pública y social en las condiciones actuales. Más fácil y más lógico es combatir por todos los medios a nuestro alcance para la comprensión primero y para el establecimiento después de la educación individual integral en las escuelas. Esta es la base. Lo demás vendrá después lógicamente. De otra manera no construiremos nunca más que castillos en el aire.

ALBERTO BRIGNOLE.

NOTAS BIBLIOGRÁFICAS

Sonetos y triolets. — Por Alvaro Melian Lafinur. — Buenos Aires 1918.

Es un libro bello y originalmente presentado. En un pequeño volumen, tan pequeño que puede ocultarse en el hueco de una mano, Melian Lafinur se nos revela como uno de los mejores artífices del verso, entre los muchos buenos que honran a la literatura rioplatense.

Se diría que el poeta ha querido hacer resaltar, por contraste, el fulgor de sus diamantes dándoles un engarce liliputiense; o que, convencido del mérito de su vino, ha querido brindarle en breve copa como se hace con los licores exquisitos.

Los sonetos de Melian Lafinur, sobre todo los alejandrinos, verso que maneja admirablemente, son, la mayor parte, perfectos, y ya se sabe lo que esta palabra significa en materia de sonetos.

Aparece en este pequeño libro Melian Lafinur, tal como su prologuista, Alfonso de Laferrere, nos dice que es en la vida: diverso, proteiforme, ramificado, ora caudillo de arengas vehemente, ora crítico sereno, ora amador extático, ora maestro que señala rumbos.

Así surge, épico, en su soneto « El Himno »: pintor, en « Cuadro de Antaño » y « El caballero de la mano al pecho »; señalando rutas, en « admiración »; madrigalista, en « En rosa », y « En manos », místico, en « La muerte de Jesus »....

Mas ya objetivo o subjetivo, tierno o viril, fantástico o real, por todas las ramas que de su tronco emergen se ve correr savia privilegiada.

En cuanto a los « Triolets » son sencillamente e encantadores. Fluye de ellos una especie de antiguo aroma provenzal que nos hace abrir el alma para aspirarlo profundamente.

Desconocíamos esa rima que nos parece admirable para traducir o adormecer como joyas al amor de un leve son. Hay en ellos tal encanto melódico, que mas parecen nacidos para ser expresados por la música que por la palabra. — J. M. D.

Prosas. — Por Julio Herrera y Reissig.—Edic. Maximino García. — Montevideo 1919.

Somos de los que creen que este libro no añade mucha gloria a la ya casi universal del poeta desaparecido, pero compartimos en un

todo la opinión que sostiene en el prólogo de la obra Vicente A. Salaverri cuando expresa que esas prosas son utilísimos elementos para el estudio de aquella compleja e ilustre personalidad.

Los cuentos de Julio Herrera y Reissig, exceptuando « Mademoiselle Jaquelin », puede ser, pecan de ampulosos e insustanciales. Sin tema, evidentemente, no hay cuento que valga, así se les vista con los más ricos ropajes. Son como cuerpos sin esqueleto.

Julio Herrera y Reissig era un magnífico, decía siempre mas de lo necesario muy bien dicho, naturalmente, tan bien dicho que el oido quedaba extasiado al escucharlo, porque Julio coloreaba las frases de un modo maravilloso; pero esa misma primacía que otorgase al valor de las palabras, esa misma opulencia de su lenguaje, conspira contra la nitidez de la impresión, cosa que es lo esencial en el cuento.

En sus « Conceptos » revélasemos Julio Herrera y Reissig como un profundo pensador. Pocos, nos parece, han hablado en esta tierra sobre arte de manera más conceptuosa y amplia. Creemos que todos aquellos a quienes seduzcan las cosas de la idea deben leerlos en la seguridad de encontrar mas de un motivo de reflexión o mas de una luz para iluminar su camino.

Igualmente sus exégesis sobre crítica, son muy dígnas de tenerse en cuenta, tanto mas cuanto que en ellas el poeta se defiende—y admirablemente por cierto,—de muchas de las objecciones que se le hicieran a su lira.

Su loa a la Biblia es de lo mas despampanante que hayamos leido. El poeta ha agotado el léxico en el elogio. Es un niágara de hiperboles, de imagenes, que se ven pasar bajo los ojos en un tumulto de catarata.

En resumen « Prosas » de Julio Herrera y Reissig, muestra facetas desconocidos del talento del poeta que si no alcanzan a subyugarnos como sus versos, son muy dignos de ser hijos del magnífico artista muerto. — J. M. D.

El testamento de Don Quijote. — Por Pedro Erasmo Callorda. México 1918.

El autor de este folleto se revela un entusiasta cervantista. Asegura haber recorrido « la ruta de Don Quijote » con un libro de Azorín,—¡ mediocre libro !—en las manos, leyendo a cada paso los capítulos de « él manco inmortal ». Da el texto de manuscritos que dice haber conseguido en la Mancha. Y teje una glosa en un estilo afectado, que al señor Callorda sin duda se le antoja reflejo fiel del de « Don Quijote ». La empresa es simpática, pero... no nos resulta. Nos produce el desconcierto que originaríanos un ingeniero copiando un puente de tiempo de los romanos. El lenguaje, como la ingeniería, evolucionó

de acuerdo con los adelantos de la época. El autor dedica su trabajo a Ricardo León, literato que escribe obsedido por el estilo y con escasa preocupación de las ideas. Esta dedicatoria, anacrónica y todo, es la mejor página que para « El testamento de Don Quijote » escribió Pedro Erasmo Callorda. — V. A. S.

El misal de las súplicas. — Versos de JULIO CASAS ARAUJO.—Montevideo 1919.

Reune este libro suficientes bondades como para que la crítica no le escatime el elogio. Naturalmente que no se puede hablar todavía de frutos ópimos, pero hay en Julio Casas Araujo noble semilla y tierra que si se cultiva con cuidado los dará pródiga y cercanamente.

Enamorado del soneto todo su libro lo ha escrito en esa difícil composición poética. No seremos nosotros por cierto, los que le critiquemos ese amor que, en una hora en que parece confundirse la libertad con el desenfreno, revela un aplaudible afán de disciplina y una real ansia de trabajo. Reconocemos, así mismo, que el artista triunfa en general de los escollos, a veces invencibles, de esa forma de poesía; pero se nos antoja que tal vez hubiera ganado el poeta sí, de cuando en cuando al menos, hubiera elegido una ruta donde pudiera más fácilmente dar rienda suelta a su corcel lírico que, a veces parece encontrarse estrecho y como trabado por catorce lazos.

Por lo demás hay en este libro emoción y claridad, dos cosas bien difíciles de encontrar en la poesía actual.

Nada se puede presagiar del camino que seguirá al fin este poeta; pero si hemos de juzgar por lo que actualmente más resalta en su obra, parécenos que Julio Casas Araujo será dentro de nuestra lírica uno de los mejores paisajistas. En efecto, lo mas notable de su libro, para nosotros, son las vigorosas pinceladas con que nitidamente nos hace ver los panoramas. — J. M. D.

El doctor Bebe. — POR JOSE RAFAEL POCATERRA. — Editorial América.—Madrid 1918.

La política de Venezuela es tan grotesca como la de todos los restantes países americanos. Y Pocaterra refléjala bien, valiéndose de un argumento pasional, que no siempre está bien conducido, pero que interesa, emociona y conturba. Hay capítulos notabilísimos: Si el literato hubiese florecido en un medio de más densa población, donde, el escribir permitiera obtener ingresos bastantes para « especializarse » con tal labor, estamos seguros que José Rafael Pocaterra habríase hecho un novelista de renombre. Porque las vacilaciones que se notan en su libro débense exclusivamente a inexperiencia. Las figuras están bien observadas. Hay escenas de sorprendente plasticidad. « El doctor Bebé » descubre a un realista de fuerte fibra.— V. A. S.